ÁLVARO MAQUEDA

AL OTRO LADO

mī

Álvaro Maqueda

Al otro lado

Hay puertas que nunca deberían abrirse

mr

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© 2018, Álvaro Maqueda Repiso
© de la imagen de cubierta: Elwynn/Shutterstock
© del diseño de cubierta, Planeta Arte & Diseño

© 2018, Editorial Planeta, S.A.
Ediciones Martínez Roca es un sello editorial de Editorial Planeta, S.A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona
www.mrediciones.com
www.planetadelibros.com

Primera edición: septiembre de 2018
ISBN: 978-84-270-4465-4
Depósito legal: 17.594-2018
Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.
Impresión: Cayfosa, S. A.

Impreso en España-Printed in Spain

Capítulo 1

Cuando Jorge abrió los ojos, sus lágrimas dibujaron un recorrido sinuoso a través de la arena que le cubría el rostro. Mientras sus pupilas se adaptaban a la oscuridad, se vio asaltado por un ataque de tos que arrastró un sabor cítrico a sus labios. Extendió ambas manos, hallando a su alrededor una superficie terregosa en la que se apoyó para comenzar a incorporarse. Alguien gritó algo..., pero resultó ininteligible por el fuerte zumbido que vapuleaba sus oídos. Consiguió erguirse a duras penas; sin embargo, sintió cómo las piernas le fallaban y terminó cayendo de rodillas al suelo.

Alzó la vista y, mientras las sombras se disipaban perezosamente, descubrió que estaba en una habitación. La escasa luz se adentraba en la sala delimitando el contorno de una puerta cerrada. Pudo distinguir una cama casi quemada por completo y un espejo quebrado, cuya imagen reflejaba su expresión de desconcierto.

Al otro lado de la habitación, un hombre se encontraba tendido en el suelo, forcejeando con unas cadenas que le mantenían aprisionado a la pared. Los sonidos metálicos se entremezclaban con sus gritos de desesperación. Con las manos atadas a la espalda y una venda en los ojos, intentaba escabullirse sin éxito de aquel cautiverio. A pesar de su corpulencia, parecía un insecto indefenso en la telaraña de una viuda negra.

Un olor fétido golpeó a Jorge y, sin poder reprimir las náuseas, vomitó todo el contenido de su estómago. Fue entonces cuando aquel hombre se detuvo y buscó con la cabeza la procedencia del sonido.

—¿Hay alguien ahí?

Jorge se limpió la boca con la manga de la camisa, observándole en silencio y con aire desconfiado.

—¡Contesta! —exclamó.

—Sí.

El desconocido, en un vano intento por liberarse, de nuevo comenzó a agitarse y gritó:

—¿Qué me has hecho, hijo de puta?

—Será mejor que se tranquilice.

—¿Que me tranquilice? —masculló, apretando los dientes—. ¡Te juro que voy a matarte si no me quitas ahora mismo estas cadenas!

—Me han encerrado en esta habitación, al igual que a usted —explicó Jorge, enfatizando cada palabra de forma pausada y tratando de calmar a su compañero de presidio—. Puedo llegar hasta usted e intentar liberarle, pero necesito que se tranquilice.

—¿Y quién nos ha encerrado aquí? —vociferó, volviendo a propinar fuertes patadas a la pared.

—Con esa actitud no va a conseguir nada —dijo Jorge con gesto serio, procurando mostrar paciencia en aquella caótica situación—. Ni tampoco obtendrá mi ayuda.

El compañero refunfuñó algo más y se detuvo.

—Bien. Ahora, si me lo permite, comenzaré a acercarme a usted. ¿Tengo su palabra de que no intentará...?

—¡Vamos! —le interrumpió. El silencio impasible de Jorge hizo que, finalmente, asintiera a regañadientes—: Tienes mi palabra.

Jorge se dirigió hacia él, observándole con recelo.

—Primero, trataré de quitarle la cuerda de las manos.

El desconocido se tumbó de lado, respirando frenéticamente y mostrando una expresión de malestar, tangible incluso en la oscuridad. Jorge echó un vistazo a la maraña de nudos que se enlazaban encima de sus manos. Después observó de cerca sus rasgos toscos, enfundados en un aspecto grasiento y desaliñado..., y le invadió una extraña sensación. ¿Era posible que hubiera visto aquellos mismos rasgos con anterioridad? Tras varios minutos, sumidos en un silencio incómodo, deshizo todos los nudos. Y justo cuando consiguió liberarle ambas manos, empezó a preguntarse si había hecho lo correcto.

El compañero se quitó la venda de los ojos y examinó la habitación horrorizado. Se trataba de un habitáculo rectangular con suelo de arena y paredes grises. La decoración se hallaba prácticamente calcinada y dispuesta de forma anárquica. Nubes de polvo suspendido danzaban con apatía frente a las líneas de luz que conseguían penetrar en la sala, dejando entrever el rostro de un cristo crucificado en la pared.

Y entonces, contemplaron la puerta.

Jorge sintió cómo su pecho era atravesado por una espada espectral. Un sudor frío le cayó por la frente y le pegó la camisa a la espalda. Se acercó a la puerta con cautela y conteniendo la respiración. Cuando deslizó sus dedos por los dos candados que la mantenían bloqueada, rígidos e insalvables como la muerte, comenzó a cerciorarse de que todo aquello era real. La flecha roja pintada en el acero iba acompañada de un mensaje, que leyó con voz temblorosa:

—«Hacia el Infierno».

Los sollozos del compañero arañaron el silencio que vino después. Jorge agradeció oír otra cosa diferente a los latidos de su propio corazón. Permitió que el miedo se apoderara de él, pero sólo le concedería unos instantes.

Después de emitir un largo e irregular suspiro, se obligó a pensar con claridad.

—Es un secuestro, nada más —dijo Jorge con falsa parsimonia, girándose hacia su compañero—. Nos han drogado con algo, probablemente cloroformo, para poder arrastrarnos hasta aquí.

»No me preocupa lo siniestra que pueda parecer esta habitación. Nos tendrán recluidos en este lugar hasta que consigan lo que quieren de nosotros. Y ambos sabemos que lo único que suele interesar a este tipo de gente es el dinero.

El desconocido ladeó la cabeza con una sonrisa nerviosa.

—Tío, no sé tú, pero yo soy un puto mecánico de coches. ¡No tengo dinero ni para llegar a fin de mes!

—Pero ellos aún no lo saben —respondió Jorge—. Los secuestros son casi siempre al azar. Primero te capturan; luego te investigan. Y, en la mayor parte de los casos, te liberan cuando obtienen lo que buscan.

—¡Confías demasiado en tus teorías!

—Estamos en junio de 2018... Créame, pocos secuestros acaban ya de forma trágica, al menos en este país.

Jorge esperó durante unos segundos alguna reacción por parte de su compañero, aunque éste permaneció con la mirada perdida en la penumbra.

—Sólo tenemos que esperar y...

—¿Por qué hay dos candados?

Aquella pregunta pilló por sorpresa a Jorge.

—¿Qué quiere decir?

—Si es un simple secuestro y, como dices, nos tendrán recluidos hasta conseguir el rescate... ¿Por qué hay dos candados por dentro de la habitación?

Jorge hizo una mueca para replicar, pero finalmente no supo qué decir.

—Te diré por qué —prosiguió el compañero, con una sombra en su mirada—: quien nos ha secuestrado quiere ponernos a prueba. —Clavó sus ojos en los de Jorge—. Quien nos ha secuestrado quiere que intentemos escapar.

—Eso que dice no tiene ningún sentido... —murmuró Jorge, tragando saliva mientras rumiaba aquella posibilidad.

—¡Tiene sentido para alguien que ha escrito que al otro lado de esa puerta está el Infierno!

Jorge se puso ambas manos en la boca, intentando reprimir un gemido cargado de angustia. Sabía que a su compañero no le faltaba razón. Pero no debían perder la calma y dejar que la situación los doblegara.

—Puede que estemos sacando conclusiones precipitadas, deberíamos pararnos a pensar en...

—¡Quédate tú ahí pensando! —vociferó, con las venas marcadas en la frente—. ¡Yo no me voy a quedar esperando a que me maten! Tiene que haber algo aquí que sirva para salir de esta maldita habitación —aseguró con convicción, escudriñando la oscuridad—. ¡Tiene que haber alguna cosa!

El desconocido se lanzó a explorar el lugar. Aunque su ímpetu se vio rápidamente frustrado por un intenso dolor en el tobillo, que le hizo perder el equilibrio y caer de bruces al suelo. Profirió un torrente de maldiciones incoherentes. Por un momento, pareció haberse olvidado de las cadenas que le confinaban a la pared.

—¡Encuentra algo con lo que quitarme esto! —exclamó, mientras observaba el grillete en su tobillo y la cerradura que lo mantenía hermético.

Jorge se apresuró a interpretar las sombras de aquella jaula, que parecía cercarlos cada vez más. El nerviosismo de su compañero no hacía sino distorsionar aún más la posibilidad de que consiguieran escapar. Tras detenerse unos segundos e impedir que el vértigo se adueña-

ra de sus movimientos..., algo resaltó en su limitado campo de visión.

El desconocido pareció leerle la mente y siguió la dirección de su mirada. Justo en la pared que estaba detrás de él, había un número escrito con la misma pintura que se había utilizado para la inscripción de la puerta. Se giró desde el suelo para observarlo mejor.

—«516... ¿S?» —leyó, ayudándose del tacto—. Parece la letra S... Sí, seguro que es una S. ¿El símbolo del dólar, quizás? ¿516 dólares?

—No.

La voz de Jorge se propagó por cada rincón de la habitación. Su compañero le observó y, antes de que éste pudiera contestar, prosiguió:

—No es el símbolo del dólar. Ni tampoco es el número 516.

—¿Entonces qué...?

—Es una referencia a un pasaje de la Biblia. Santiago: capítulo 5, versículo 16 —dijo, ante la atónita mirada de su compañero—. «Por eso, confesaos los unos a los otros vuestros pecados y orad unos por otros, para que seáis sanados».

El desconocido comenzó a resoplar con violencia, esgrimiendo una fría mirada.

—¿Cómo sabes eso? —preguntó, levantándose del suelo. Antes de que Jorge pudiera contestar, lanzó una risa sarcástica—. ¿No te parece curioso? ¿Por qué razón, si los dos hemos sido secuestrados, tú no llevas cadenas? —añadió con recelo, todavía riendo—. Y, lo que resulta más enigmático aún, ¿cómo nuestro secuestrador ha sido capaz de bloquear desde dentro el único acceso a la habitación y salir después?

Jorge no supo qué palabras elegir para lidiar con la desconfianza de su compañero.

—¿Quién eres tú? —prosiguió, apretando los puños con fuerza y preparándose para atacar—. ¡Quién eres tú!

Capítulo 2

Jorge se quedó inmóvil, sin saber qué más decir. El hombre que había en aquel lugar mantuvo su atención clavada en él, esperando con impaciencia. Intentó no dejarse arrastrar por la presión del momento, así que cerró los ojos, inspiró profundamente y emitió un largo suspiro.

—Hermanos, podéis ir en paz —dijo, dando por finalizado su discurso.

El sacerdote Jorge Ponce se giró hacia la luz que se adentraba por los coloridos cristales de la iglesia. Su rostro, tallado por los surcos de la experiencia, quedó bañado en el resplandor. Al parpadear, sus ojos castaños asomaron entre los cercos grises que habían sido forjados tras incontables noches de insomnio. Vestía un hábito simple, sobrio y sin ornamentación alguna, constituido por una túnica blanca y un cíngulo; un hábito que, además, parecía no haber sido lavado ni planchado en mucho tiempo.

Era una mañana de febrero de 2018. El único asistente a la misa comenzó a abandonar el lugar. Jorge era consciente de que sus frecuentes bloqueos mentales, sumados al hecho de que acabara los sermones antes de tiempo, habían afectado al número de feligreses. Ya poco quedaba del entusiasmo y la inspiración que había mostrado en el pasado al enseñar la Palabra de Dios. Ahora las hojas de la Biblia perecían ante él, como las hojas de un bosque durante el otoño.

Jorge comenzó a recoger los utensilios que había empleado para la ceremonia, sumido en la añoranza de sus pensamientos. Su interés por el catolicismo había germinado en la infancia, ya que pasaba la mayor parte de los días en la parroquia del pueblo. A diferencia de los demás niños de su edad, que se divertían con canicas, trompos y balones de fútbol, él descubrió su lugar entre las paredes mudas de la Casa del Señor. Allí veía transcurrir el tiempo rodeado de libros antiguos, que desempolvaba como si fueran fósiles de valor incalculable. El sonido de las páginas al pasar se volvía una apacible melodía en sus oídos, mientras se sumergía en todo tipo de historias y reflexiones acerca de la vida y la muerte. Poco a poco, descubrió que era mucho más fácil perderse en aquella realidad paralela que afrontar el contexto tan desolador que le acompañaba.

Halló a Dios en la serenidad del silencio. La idea de un ser superior que velaba por él era tan atractiva como reconfortante. Sólo en el regazo de su divinidad, sus terrores más siniestros parecían dejar de atormentarle. Y así fue como, siendo muy joven, se exilió de la vida para no volver a tener miedo.

A pesar de todo, descubrió que la evasión era un escudo lleno de grietas. El terror seguía ahí. Y no se marcharía, aunque él mirara hacia otro lado. Pasaban los años y cada vez se manifestaba con más voracidad. Al principio, fueron sólo susurros detrás de la oreja. Susurros que se adueñaban del letargo de la habitación. Susurros que no decían nada y lo decían todo. Pero más tarde vino el terror. Durante el día se escondía debajo de la cama, sin moverse para no ser descubierto. Por la noche se sentaba a su lado, observándole detenidamente mientras dormía. Hasta que al final llegó el día en que se transformó en la peor pesadilla que pudiera haber imaginado.

El día que conoció a la Oscuridad.

Por eso huyó de su hogar. Huyó lo más rápido y lo más lejos que le permitieron sus cortas piernas, creyendo que así la podría dejar atrás. Huyó el mismo día que cumplió quince años, abriéndose paso entre la maleza cuando aún nadie le había enseñado a usar el machete. Las cosas que se vio obligado a hacer para sobrevivir fueron a veces demasiado denigrantes como para retenerlas en la memoria. Pasó gran parte de su juventud caminando al borde del abismo, acechando desde lo alto para no caer en él; sujetando firmemente la cruz que le colgaba del cuello, cada vez que alguno de sus pies resbalaba de la cornisa; desviando la mirada, al sentir que era el abismo el que le estaba observando a él. Hasta que sintió la llamada de Dios.

Y Dios le dijo que no había nada que temer. Que Él le protegería frente a todo mal. Que Él era el pastor y que siempre cuidaría de su rebaño. Pero para ello Jorge tenía que acercarse a Él.

Así que, a los veintitrés años, después de emplear sus menguados ahorros y conseguir licenciarse en Filosofía, se dispuso a postular para el seminario cristiano. Vivió cuatro años intensos de estudio, meditación y entrega, pero nunca tuvo dudas acerca de su propósito. Como apuntaba Aristóteles, las raíces son amargas, pero muy dulces los frutos. La inquietud de sus reflexiones le ayudó a entender a Dios de una forma mucho más amplia que basándose en el mero dogma. Desde el principio, se había desvinculado de las posturas inflexibles y totalitarias de muchos sectores del catolicismo. Él prefería encontrar el equilibrio entre ciencia y religión, sin dar la espalda a ninguna de las dos. Después de todo, no eran polos opuestos, sino caras de una misma moneda.

Tras ser designado diácono, hizo los votos de castidad y fidelidad a Dios. Muchos criticaron con dureza su con-

ducta de no poner a Dios, sino a la propia mente humana, como eje central de todas las cosas. No obstante, el obispo finalmente reconoció su vocación y a los treinta años fue nombrado sacerdote.

Parecía que había pasado una eternidad de aquello. Jorge disfrutó de catorce años muy prósperos en la parroquia que se le asignó, rodeado de personas que le dieron sentido a todo por lo que había luchado. Se sintió feliz, por primera vez en su vida.

Hasta que llegó el día en el que su propia existencia se truncaría de forma inesperada.

Fue en febrero de 2017, justo un año atrás, el día en el que la Oscuridad le volvería a encontrar.

El día en el que las puertas de la iglesia se abrirían y...

—Padre Jorge —musitó una voz que hizo sobresaltarse al aludido, absorto profundamente en sus pensamientos.

Jorge se giró y contempló a una mujer menuda, retraída en su aspecto gris y sobrio como una lápida. Tenía el cabello largo, moreno y peinado con descuido. Sus facciones hundidas se hallaban cubiertas por una piel lisa y pálida. Probablemente, pensó, era mucho más joven de lo que aparentaba. Con un gesto vacilante, tardó varios segundos en reconocerla.

—¿Laura?

La mujer asintió, fingiendo una sonrisa que no fue más que un atisbo de sombras.

—¡Laura, qué alegría volver a verla! —dijo, dándole un abrazo y sintiendo la fragilidad que la acompañaba—. Hacía mucho tiempo que no venía a la iglesia. Se la echa de menos por aquí.

—Sí, es verdad. No he tenido mucho tiempo últimamente.

Jorge siguió observándola con agrado, aunque ella rápidamente apartó la mirada.

—¿Va todo bien, Laura?

—Sí, padre Jorge, va todo bien. Estoy últimamente muy centrada en mi familia y, eh... —titubeó, inquieta.

Jorge le sonrió, buscando de nuevo el contacto con aquellos ojos apagados y perdidos.

—¿Le gustaría tomar una taza de té?

—Sólo venía a saludarle. Tengo un poco de prisa.

—Vamos, Laura, sólo serán cinco min...

—Ha sido un placer volver a verle, padre Jorge —le interrumpió con voz entrecortada.

Al decir aquello, dio media vuelta y comenzó a marcharse. Sin embargo, la voz de él a su espalda la detuvo:

—Laura.

Ella respiró con nerviosismo y apretó los dientes. No quería girarse porque sabía que, al volver a ver el rostro de Jorge, estallaría en lágrimas.

—No ha venido hasta aquí sólo para saludarme, ¿verdad?

—Lo siento, tengo que irme. En casa se preguntarán dónde estoy.

Jorge se acercó a Laura y colocó una mano sobre su hombro. Ella sintió aquel gesto como una bendición y fue incapaz de contener el llanto.

—Laura, soy yo —dijo con inagotable dulzura—. Nos conocemos desde hace mucho tiempo y sabe que estoy aquí para ayudarla.

Ella le observó entre sollozos completamente abatidos.

—Padre Jorge..., necesito hablarle de mi marido.